

Pasó el resto del viaje sin dormir, mecido por la tristeza. Esta tristeza aumentaba de día en día y se transformaba no en un recuerdo doloroso, sino en una manifestación odiosa.

Tomás encontró á Maiakín que le esperaba en el muelle. Mientras se instalaban on el coche, á las preguntas inquietas de su ahijado respondió haciendo brillar sus verdes ojos:

—¡Tu padre ha perdido la cabeza!...

—¿Bebe?

—¡Aun peor... está loco!

—¡Oh! ¡Dios mío! pero hablad.

—¿Comprendes? una mujer le ha calentado los cascos...

—¿Y bien?... dijo Tomás recordando á Pelagia y experimentando una alegría inexplicable.

—Se ha liado con él, y le chupa la sangre.

—¿Decente?

—¡Decente! Si es una mujer sin principios, un incendio, que le ha comido ya setenta y cinco mil rublos como nada.

—¡Bah! ¿Y quién es?

—Sofka Medinskaia, la mujer del arquitecto...

—¡Dios mío! Ella... ¿Acaso mi padre?... ¿Sería su querida? preguntó Tomás dulcemente, desvanecido.

Su padrino se alejó unos pasos, abrió los ojos y le dijo con tono persuasivo, mientras que su rostro tomaba un aire cómico:

—¡Pero estás loco, tú también... A fe mial ¡Vuelve en tí! A los sesenta y tres años, es que aún se tienen queridas y á ese precio. ¿Qué tienes? Ya le contaré á Ignat...

A estas palabras Maiakín soltó una carcajada que sonó como un sollozo, y su perilla tembló desagradablemente. Sólo á fuerza de dificultades es como Tomás pudo saber algo. El viejo, que comunemente hablaba con moderación, estaba nervioso y

excitado. Cortaba sus frases por monosílabos y escupitinas. Por último Tomás llegó á comprender que Sofia Pavlovna Medinskaia, la mujer de un rico arquitecto, conocida en toda la ciudad por su celo infatigable en la organización de obras de beneficencia, había obtenido de Ignat setenta y cinco mil rublos para la fundación de un asilo de noche y de una biblioteca popular. Ignat habíase desprendido del dinero y los periódicos se deshacían en elogios á su generosidad.

Tomás habíase encontrado más de una vez á esta mujer en la calle. Era pequeña y él sabía que pasaba por una de las más lindas de la población, pero que se murmuraba mucho sobre su conducta.

—¿Y es eso todo? dijo él cuando su padrino hubo terminado. Yo pensaba Dios sabe cuántas cosas...

—¿Tú? Tú te imaginabas... dijo Maiakín incomodándose de repente. ¡Tú no te imaginabas nada, gran bobo!

—¿Pero, por qué gritáis? dijo Tomás sorprendido.

—Vamos á ver, di: ¿setenta y cinco mil rublos es una buena cantidad, según tú?

—Sí, dijo Tomás después de haber reflexionado.

—¿Entónces?

—Sí, pero mi padre es muy rico... ¿qué decís á eso?

Maiakín tembló, arrojó una mirada de desprecio al joven y dijo con voz debil:

—¿Eres tú, quién habla?

—¡Ya lo creo! ¿Quién queréis que sea?

—Mientes. ¡Es tu tonta juventud quien habla! Sí. Mientras que mi vieja experiencia, que la vida ha puesto á prueba más de un millón de veces, te dice: «¡No eres más que un perro joven y no es aún hora de alzar el gallo!»

El modo figurado de hablar de su padrino tenía el don de exasperar á Tomás. Maiakín se había siempre mostrado más rudo que su padre; pero en

este momento se sintió realmente ofendido por el viejo y le replicó con tono firme, aunque comedido:

—No debierais vociferar para nada. Yo no soy ya un niño.

—¿Es posible? exclamó Maiakín, elevando las cejas y considerándole con socarronería.

A estas palabras Tomás se conmovió. Le miró derecho en los ojos y pronunció recalcando:

—Os digo que no quiero oír más vuestras injurias, que no merezco. Y ya basta.

—¡Hum! ¿es así?... ¡Pide perdón!

Jacob Tarasovitch movió los labios, se volvió hacia su ahijado y no dijo nada durante algunos segundos.

El coche entró en una callejuela estrecha y dando vista á la casa paterna, Tomás hizo involuntariamente un movimiento en aquella dirección. Al mismo tiempo, su padrino le preguntó con una sonrisa maliciosa y tierna:

—¡Thomka! ¡dime ahora quién has afilado tus dientes! ¿Eh?

—¿Son puntiagudos? preguntó Tomás encantado de la nueva faes en que entraba la conversación.

—No mal... ¡Pero está bien, amigo mío, está muy bien! Temíamos tu padre y yo que salieses un mandria... ¿Has aprendido también á beber aguardiente?

—Ya bebí...

—¡Temprano!... ¿mucho?

—¿Por qué, mucho?

—¿Está bueno?

—No mucho.

—¡Bien!... Todo eso no es malo... Solamente, eres demasiado franco... dispuesto á confesar tus pecados todos y á cada momento hay cosas que se deben callar: se satisface á los hombres y no se comete pecado... Sí. Nuestra lengua es muy raramente discreta. Pero hemos ya llegado. Ten cuidado,

tu padre no sabe nada de tu regreso... ¿Está él solo en su casa?

Allí estaba: por las ventanas abiertas de par en par se escapaban sus risotadas, algo veladas. El rumor del coche ante la puerta atrajo á Ignat hacia la ventana y exclamó gozoso, á la vista de su hijo:

—¡Ah! ¡Aquí está!

Un instante después, estrechaba á Tomás contra su pecho. La mano puesta en su frente, le echaba la cabeza un poco para atrás para mejor verle y sus ojos brillaban de satisfacción.

—¡Oh!... ¡muy bien... bravo! Ved, señora. ¿Es hermoso mi hijo?

—No es feo... respondió una voz dulce y clara.

Tomás miró por encima del hombro de su padre y percibió, sentada en un rincón de la habitación, de codos sobre la mesa, una mujercita con lindos cabellos rubios. En su rostro pálido se destacaban grandes ojos negros, cejas bien modeladas y labios carnosos y rojos. Detrás de la butaca, una planta extendía sus anchas hojas por encima de esta cabeza menuda, guarnecida de oro.

—¡Felicidades, Sofía Pavlovna! decía Maiakín humildemente, aproximándose á ella con la mano extendida. Nos hacéis siempre pagar contribuciones á nosotros, pobres diablos.

Tomás la saludó silenciosamente, sin prestar la menor atención ni á su respuesta ni á las palabras de su padre. Sin embargo, ella le miraba fijamente, con sonrisa afectuosa y franca. Su cuerpo ligero é infantil, envuelto en un tejido de color oscuro, se confundía casi con el terciopelo de la butaca, y su rostro pálido aureolado de cabellos de oro se destacaba como mancha luminosa en aquel fondo sombrío. Colocada así en el rincón bajo la planta verde, se parecía en conjunto á una flor y á una imagen santa.

Los ojos de la Medinskaia se bajaron, sus mejillas enrojecieron ligeramente y su risa vibró como una campanilla de plata. Se levantó y dijo:

—No quiero incomodaros, ¡hasta la vista!

Cuando pasó delante de Tomás, de sus pasos menuditos dejó un rastro perfumado y notó que sus ojos eran de un azul obscuro y sus cejas negras.

—¡Ya se fué la carpa! dijo á media voz Maiakín, acompañándola con su mirada de odio.

—¡Vaya, cuéntanos tu viaje! ¿Has gastado mucho dinero? decía Ignat, conduciendo á su hijo á la butaca que acababa de dejar la Medinskaia.

Tomás miró con desprecio esta butaca y tomó otra.

—¿Es linda la pieza, eh? decía irónicamente Maiakín, mirando á Tomás con sus ojos penetrantes. Abre la boca en su presencia, y te engullirá de un golpe.

Tomás se sobresaltó y sin responderle se puso á contar á su padre los pormenores del viaje. Pero Ignat le interrumpió, bien pronto.

—Espera que te sirvan cognac.

—Tú no haces más que beber, según dicen, replicó Tomás en tono de reproche.

Ignat le miró con sorpresa y preguntó:

—¿Es que se habla así á un padre?

Tomás, confuso, bajó la cabeza.

Maiakín los miró á los dos, suspiró, se despidió y los invitó á venir aquella misma noche á tomar el té en su jardín.

—¿Dónde está la tía Antheisa? preguntó Tomás sintiéndose de repente inquieto frente á frente de su padre.

—Se ha ido al convento... Vamos, cuenta... yo voy á beber...

En pocas palabras Tomás puso á su padre al corriente de los negocios y terminó por la franca confesión de sus gastos.

—He gastado mucho dinero en mi...

—¿Cuánto?

—Seiscientos rublos... poco más ó menos.

—¡En un mes y medio es mucho, en efecto! Veo que me sales caro como viajante. ¿En qué lo has invertido?

—He regalado mil libras de trigo...

—¿A quién?... ¿Cómo?...

Tomás contó la cosa.

—¡Hum! ¡no está mal eso! aprobó el padre. Es obrar con largueza... El asunto es claro... El honor de tu padre, el honor de la casa. Esto no es una pérdida... puesto que da fama y eso, mira, es el mejor reclamo en el comercio. ¿Y además?

—No sé... se ha ido...

—Habla francamente... no te pido el dinero, quiero saber sólo como te has portado, insistía Ignat, tratando de ver el interior de su pensamiento, con aire severo.

Pero Tomás, la cabeza baja, no sabía qué decir:

—He bebido... he comido...

—¿Has bebido? ¿Aguardiente?

—También...

—¡Ah! ¿no es, quizás, demasiado pronto?

—Puedes preguntar á Efim si me he emborrachado.

—¿Para qué hay que preguntar á Efim? Debes de decírmelo tú todo. Así ¿bebes? No me gusta eso...

—Puedo también dejar de beber...

—¿Qué tomas? ¿Quieres cognac?

Tomás miró á su padre y le sonrió alegremente. Ignat le respondió también con una sonrisa amigable.

—¡Qué diablo! Bebe, pero no descuides los negocios... El borracho traga vino y se despierta en seguida, mientras que el imbécil... admitamos esto para consolarlos. ¿Te has ido de muchachas? Vamos habla francamente... no te pegaría ¡bah!

«Dejo toda mi fortuna mobiliaria é immobiliaria á mi hija Liubov». Es cierto que existe el parentesco, pero ya arreglaríamos eso.

—¡No importa, declaró Tomás con tono decidido, no me casaré con ella!

—Es demasiado pronto para discutir eso... Pero ¿por qué no te agrada, en el fondo?

—No me gusta esa clase de mujeres.

—¡Vayal... Diga entonces el señor, ¿cuál es la clase que os gusta?

—Aquellas que son sencillas... Ella está siempre entre estudiantes y libros, es demasiado sabia para mí... Se burlaría de mí, decía Tomás agitado.

—Eso es verdad. Está demasiado emancipada... Pero esto no es grave... mano firme y cuestión de tiempo... Tu padrino es un viejo inteligente. Ha llevado una existencia sedentaria, tranquila, ha tenido mucho tiempo para meditar, merece ser escuchado, ve en seguida el pro y el contra de los negocios... Es nuestro aristócrata, su familia data de nuestra madre la gran Catalina... ¡ja! ¡ja!... tiene una alta opinión de sí mismo, y como su sangre desaparece con Taras, ha decidido ponerte en su lugar. ¿Comprendes?

—¡Gracias! me gusta más escoger por mí mismo, mi lugar, respondió Tomás testarudo.

—¡Aun sigues hecho un tonto! replicó Ignat, sonriendo á estas palabras.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la tía Antheisa.

Al otro lado de la puerta se oía su voz alegre:

—¡Tomás, hijo mío, ya de vuelta!

Tomás fué á su encuentro con una sonrisa afectuosa.

Y su vida siguió de nuevo su curso regular monótono como en el pasado. De nuevo la Bolsa y las lecciones de su padre. Pero, aunque conservaba en las conversaciones con su hijo un tono de bondad

burlona, Ignat le trataba con más severidad. Era exigente aun en lo más insignificante y le recordaba constantemente que lo había educado en plena libertad, sin contrariarle, ni pegarle.

—Otros padres os pegan con palo mientras que yo no te he tocado ni con la punta del dedo...

—¡Hace falta creer que no teníais razones para hacerlo! declaró un día Tomás muy tranquilo.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas pusieron á Ignat colérico.

—¡Tiene que ver! gruñó. Eres atrevido... Respondes á todo... ¡Ten cuidado! Mi mano es muy dulce, pero puede apretar y hacerte brotar lágrimas de los talones... Has crecido mucho... Como una seta venenosa, apenas salido de tierra, ya hueles mal...

—¿Por qué te enfadas conmigo? le preguntó Tomás un día que estaba de buen humor.

—No puedes sufrir que tu padre te gruñía, replicas en seguida...

—¡Porque es humillante!... No soy peor que antes... y veo la conducta de los jóvenes a mi edad...

—No te morirás, ¿verdad? si te digo algunas tonterías de cuando en cuando... Y si gruñó es porque veo en tí algo que no tienes de mí... lo que es no lo puedo precisar, pero lo veo y también que te ocasionará disgustos.

Estas palabras sepultaron á Tomás en una profunda meditación. El se daba cuenta que algo especial le diferenciaba de sus camaradas, pero tampoco podía precisar lo que era. Y se observaba con desconfianza.

Le gustaba ir á la Bolsa y mezclarse en la muchedumbre bulliciosa y agitada de aquellas gentes severas que tramaban negocios por millones. El respeto con que trataban á Tomás Gordeieff, el hijo del millonario, gentes de menor importancia, halagaba su amor propio. Se sentía orgulloso y dichoso, cuando habiendo tomado la iniciativa de una deci-

sión cualquiera en un negocio de su padre, obtenía una sonrisa de aprobación. Muy ambicioso y ceaseando aparecer un hombre maduro y serio, continuaba viviendo en la soledad, ni más ni menos que antes de su viaje á Perm, y no experimentaba ninguna necesidad de crearse amigos, aunque á menudo encontrase á los hijos de otros traficantes, jóvenes de su misma edad. Ellos le invitaban con frecuencia á sus diversiones, pero él rehusaba siempre brutal y desdeñosamente y les decía, sonriendo:

—¡Tengo miedo!... Vuestros padres sabrían vuestra conducta, os pegarían y yo podría también atrapar algunos golpes.

Lo que le desagradaba, era ver que se divertían y hacían orgías á hurtadillas, con dinero quitado de la caja paterna ó bien prestado contra letras á largo plazo y á un interés usurario.

Ellos no le querían tampoco, á causa de su frialdad desdeñosa, donde veían un orgullo que les rebajaba. El no osaba hablar con sus amigos porque temía le tomasen por tonto y poco entendido en los negocios.

La imagen de Pelagia se le representaba á menudo, y en esos momentos, su corazón se oprimía dolorosamente. Pero poco á poco el tiempo pasaba sobre esta imagen y borraba sus frescos colores; insensiblemente su lugar vino á ser ocupado por la figura menuda y angélica de la medinskaia. Todos los domingos iba á casa de Ignat, so pretexto de diversas obras de caridad, pero, en realidad, únicamente con el fin de activar la construcción de su asilo. En su presencia Tomás se sentía torpe y pesado. Eso le contrariaba, y bajo la mirada afectuosa de Sofía Pavlovna, su rostro se cubría de un tinte rojizo. El había notado que cada vez que ella lo miraba, sus ojos se ponían más sombríos y el labio superior subía, dejando al descubierto una fila

de pequeños dientes blancos. Esto le aterraba. Su padre un día sorprendió las miradas con que acechaba á la Medinskaia y le dijo:

—No mires tanto ese rostro. ¡Ten cuidado! es parecida al carbón de abedul: es negro, pulimentado, inofensivo al exterior, y si vas á cogerlo, te quemarás.

La Medinskaia no despertaba en él ningún sentimiento sensual; no se parecía en nada á Pelagia y no tenía nada de común con las otras mujeres. Conocía las historias escandalosas que sobre ella circulaban y no creía una palabra. Modificó, sin embargo, su manera de ser el día en que la encontró en coche al lado de un grueso señor, con un sombrero gris y largas mechadas de cabellos abandonadas sobre los hombros.

El rostro de aquel era rojo y abotagado como una vejiga; no tenía barba ni bigote y se parecía á una mujer disfrazada... Tomás supo que era su marido... Aquel encuentro hizo germinar en él sentimientos oscuros y contradictorios; hubiese querido insultar al arquitecto y al mismo tiempo experimentaba por él un respeto mezcla de envidia. A partir de este momento la Medinskaia le pareció menos seductora, pero más accesible: la compadecía y se decía con fatuidad;

«Debe estar descorazonada, cuando él la bese...»

Pero todo esto no era más que superficial. En el fondo de su sér, sentía un vacío inmenso y abrumador que nada podía rellenar, ni las impresiones del día ni los recuerdos del pasado. La Bolsa, los negocios, los sueños de la Medinskaia, todo se perdía en aquel abismo. Se inquietaba: en las oscuras profundidades del abismo que llevaba en sí, sospechaba una fuerza invencible y hostil, informe todavía, pero que tendía ya con obstinación y prudencia á tomar cuerpo.

Ignat cambiaba poco exteriormente; sólo que cada

día estaba más agitado, más gruñón y se quejaba de los infortunios.

—He perdido el sueño, yo, que antes dormía tan bien que me habrían despellejado sin despertarme; ahora me vuelvo y me revuelvo toda la noche y apenas si me duermo cuando amanece. Después me despierto á cada instante... mi corazón late irregularmente, ya como el de una bestia perseguida: toc, toc, toc... Ya se detiene... diríase que se suelta y que va á caer en algun abismo insondable de mi ser. ¡Perdóname, Señor, en tu gran misericordia!

Y suspiraba entristecido, levantando al cielo los ojos turbados en que la vida y el brillo estaban ya apagados.

—La muerte me acecha, está muy próxima, decía él sombrío y resignado.

Tenía razón, pues bien pronto echó por tierra su cuerpo potente de atleta.

Esto tuvo lugar un día del mes de Agosto, muy de mañana. Tomás dormía profundamente, cuando se sintió sacudido por el hombro y una voz ronca murmuró á su oído:

—Levántate..

Abrió los ojos y percibió á su padre, sentado en una silla al pie de la cama, que repetía con voz sorda:

—Levántate, levántate...

Los primeros rayos del sol penetraban en el cuarto y esparcía por todas partes, sobre la blancura de las sábanas, sobre la camisa de Tomás, su tinte aun sonrosado.

—¡Es muy temprano! dijo Tomás estirándose.

—Bueno, ya dormirás más...

Tomás se envolvió perezosamente en las sábanas y preguntó:

—¿Quieres algo?

—¡Levántate, amigo, te lo suplico! exclamó Ignat. Y añadió con desaliento:

—Es urgente, puesto que te despierto...

Examinando á su padre, Tomás percibió su tinte terroso y fatigado.

—¿No está bien?

—No.

—¿Quieres el médico?...

—¡Déjale! exclamó Ignat con un gesto. Ya no soy joven... Yo mismo sé...

—¿Qué?

—¡Yo sé, te digo! exclamó el viejo misteriosamente.

Y miró alrededor de él vagamente. Tomás se vestía. Su padre, con la cabeza baja, decía lentamente:

—Tengomiedo de respirar... Tengo la idea de que, si aspiro, en este momento mi corazón estallará... Es domingo hoy. Después de la primera misa, haz buscar al sacerdote...

—¿Qué tienes, papá? preguntó Tomás ensayando sonreír.

—Nada. Lávate y baja al jardín. He hecho llevar allí la tetera... Tomaremos el te de mañana. Anda de prisa...

El viejo se levantó penosamente de su asiento, y encorvado, dejó la habitación, con los pies desnudos, andando con paso incierto. Tomás le seguía con la mirada y un terror helado le oprimió el corazón. Se echó de prisa agua por el rostro y bajó precipitadamente al jardín.

Allí encontró á su padre sentado en una butaca, bajo un frondoso manzano. La luz del sol se filtraba por entre las hojas del árbol y alumbraba la forma blanca del viejo vestido con su camisa de dormir. El silencio del jardín era tan completo, que el rumor ligero de una rama muerta, que cayó al lado de Tomás, le pareció un gran ruido y le sobresaltó. Colocada en una mesa ante su padre, la tetera roncaba como un gato viejo y enviaba al aire una columnita de vapor. En medio de la paz y fresca

verdura del jardín, que una lluvia abundante había lavado la vispera, la mancha brillante y descarada de aquel cobre radiante le pareció inútil fuera de su sitio; no se armonizaba ni con el medio ni con la hora ni con el sentimiento que acababa de nacer en él á la vista del viejo encorvado, enfermo, completamente blanco, sentado, solitario bajo el dosel sombrío y luciente del follaje inmóvil, donde se ocultaban las rojas manzanas.

—Siéntate, dijo Ignat.

—¿Y si se enviase á buscar al médico?... le propuso su hijo indeciso, tomando una silla frente á él.

—Es inútil... El aire me reconforta... Voy á beber un poco de te; así me mejorará mucho...

E Ignat se puso á servir el te en los vasos. Tomás veía que la tetera temblaba en sus manos.

—Bebe...

Tomás cogió su vaso, é inclinado, soplando para hacer caer la nata esparcida en la superficie del té, escuchaba, con el corazón oprimido, la respiración entrecortada y vacilante de su padre.

De repente algo cayó sobre la mesa con tal ruido, que toda la vajilla tembló.

Tomás, sobresaltado, levantó la cabeza y halló la mirada asustada, casi aterrada de su padre. Ignat miraba á su hijo y murmuró en un espasmo:

—¡Una manzana ha caído.. qué jaleo! Diríase que era un tiro, ¿eh?

—¿Y si pusieras un poquito de cognac en tu té? propuso Tomás.

—Está bien así...

Se callaron. Una bandada de gorriones pasó por encima, llenando el aire de gritos alegres. Y la paz solemne de la naturaleza en plena vida envolvió de nuevo al jardín. El espanto se veía siempre en los ojos de Ignat.

—¡Jesús! decía á media voz santiguándose con fervor. Sí, ¡llegó la última hora de la vida!...

—¡Pero, papá! murmuró Tomás.

—¿Qué? Concluiremos el té, después enviarás á alguno á buscar al padre y al padrino...

—Yo preferiría en seguida...

—Van á tocar á misa ahora, el sacerdote no está allí... y además no urge aun... se mejorará, quizás.

Y aproximó la taza á sus labios y empezó á beber con estrépito su té.

—Tendría necesidad aun de vivir un año ó dos... Eres bastante joven... y tengo mucho miedo por tí... Vive honesta y firmemente... no envidies el bien del prójimo y conserva el tuyo...

Hablaba con dificultad, se detuvo y se frotó el pecho con la mano.

—¡No cuentes con los hombres!... ¡no esperes mucho!... Todos vivimos para tomar, no para dar... ¡Oh Dios mío, perdóname, pecador de mí!

A lo lejos la primera campanada cayó en el silencio de la mañana Ignat y su hijo se santiguaron tres veces..

Esta primera llamada fué seguida de una segunda, después de una tercera y en seguida el aire se llenó de sonidos de campanas, que llegaban de todas partes, sonidos lentos, iguales, invitando con instancia á los fieles al oficio.

—Ahora tocan á misa, dijo Ignat siguiendo atentamente el sonido del bronce. ¿Distingues las campanas por sus voces?

—No, le respondió Tomás.

—Escucha bien... Esta... escucha... tan profunda, es de San Nicolás... un don de Pedro Mitritch Vagine... esta es de Praskéve Piat Nitza...

Las ondas sonoras llenaban de vibraciones el aire que estaba saturado é iban á perderse dulcemente en el azul del cielo. Tomás contemplaba con mirada desolada el rostro de su padre, y vió sus ojos animarse y perder su expresión angustiada...

Pero de repente la faz del anciano tomó un tinte

rojo violáceo, las pupilas se dilataron y salieron de sus órbitas los ojos, se abrió la boca y se escapó un sonido especial, un silbido ronco:

—Pff...chchch...

Después la cabeza rodó sobre uno de sus hombros y todo su cuerpo pesado se deslizó lentamente á tierra, como si la tierra lo hubiese atraído misteriosamente á sí. Durante algunos segundos Tomás quedó en silencio é inmóvil, con la vista llena de espanto y terror, fija en su padre, y después se precipitó sobre el cuerpo, levantó la cabeza de Ignat y miró su rostro. Este rostro estaba sombrío, inmóvil, y los ojos grandes abiertos no expresaban nada, ni terror, ni sufrimiento, ni alegría... Tomás miró á su alrededor... Sus manos temblaron, y la cabeza de su padre cayó á tierra con un ruido sordo..

Un hilillo de sangre negra y viscosa salió de la boca abierta y corrió á lo largo de la mejilla...

Tomás se golpeó violentamente el pecho, y arrojado ante el cadáver, exhaló un grito salvaje y desgarrador. Sacudido por el espanto, sus ojos huían buscaban siempre aún á en el desierto jardín...

#### IV

La muerte de su padre abismó á Tomás en un estado de estupor. Gran número de conocidos se agitaban á su alrededor. No lloraba, no se desconsolaba, no pensaba en nada.

Maiakín se ocupó del entierro.

Maiakín instaba á Tomás que llorase, como un alivio del alma, pero estos discursos no despertaban ningún eco en el cerebro ó en el corazón de Tomás.

El día del entierro volvió en sí de su abstracción. El cielo estaba cubierto y el día gris.

Detrás del ataúd se movía, como una larga cinta, una muchedumbre inmensa, y en medio de la nube de polvo que levantaron, brillaba el oro de los há-

bitos sacerdotales. Tomás era empujado por todos los lados. Andaba sin ver nada, excepto la cabeza blanca de su padre. Maiakín conducía el convoy, le hablaba al oído.

—Mira cuánta gente... el gobernador, el alcalde, todo el Ayuntamiento, y detrás de tí, mira, Sofia Pavlovna... La villa entera ha querido honrar á tu padre...

Tomás, que no prestaba atención, oyendo el nombre de Sofia se volvió, involuntariamente y su mirada fijóse en el gobernador. Una ligera satisfacción, como una gota de rocío, dilató su corazón ante este personaje tan importante...

Tomás volvióse de nuevo y sus ojos se encontraron con los de la Medinskaia. Su mirada acariciadora le arrancó un suspiro y se sintió aliviado...

Cuando en la iglesia oyó la llamada conmovedora: «Vamos, hermanos míos, daos el último beso», de su pecho se escapó un sollozo parecido á un rugido y la muchedumbre fué sacudida por este grito terrible...

Vaciló y habría caído si su padrino, cogiéndole por un brazo, no le hubiese empujado hacia el féretro, cantando bastante alto y con cólera: «Besad en la frente á aquel que fué con nosotros... besa, Tomás, besa, está en el ataúd... cubierto de la lápida... Parte para la eternidad, está enterrado...»

Tomás tocó con sus labios la frente de su padre y se echó atrás con horror.

—¡Cuidado! Me ha faltado poco para caer... dijo á media voz Maiakín. Y aquellas palabras tan naturales sostuvieron á Tomás mejor que lo hiciera su padrino.

—«Cuando me veáis reposar inmóvil y mudo, lloradme, hermanos y amigos míos...» suplicaba Ignat por voz de la iglesia.

Pero su hijo no lloraba. El rostro negro y abotagado de su padre dábale espanto.